

LA IDEA DE RECONQUISTA EN UN MANUSCRITO DE LA *CRÓNICA GENERAL* DE ALFONSO X EL SABIO*

MAURIZIO TULIANI
Universidad de Florencia

CARACTERÍSTICAS DE LA FUENTE

Entre los grandes géneros narrativos medievales el cronístico fue, quizás, el más extendido y el que gozó de mayor auge. Para la moderna historiografía su particular interés no radica sólo en los sucesos que se relatan, sino también en la forma en que la narración se desarrolla, en la manera de reflejar el ambiente cultural en que se escribe, en las ideas políticas y religiosas que constituyen el trasfondo de la obra¹. El escritor vive en una sociedad con unas determinadas características, cuyo apoyo o rechazo expresa en su obra más o menos voluntariamente. Por ello el relato refleja las condiciones sociales de su tiempo. En particular, los acontecimientos políticos generan ciclos narrativos con unos rasgos específicos en cada época. Así, en la España medieval, las *crónicas* representan la expresión más alta de la influencia del poder político en el relato histórico a través de constantes como la exaltación de las figuras que guían el Estado y de la unidad política y moral de los pueblos dominantes².

* Deseo agradecer a los profesores José Luis Martín Martín y Duccio Balestracci sus sugerencias y su ayuda para la publicación de este trabajo.

1. Para un ejemplo de utilización de las fuentes narrativas en la historiografía medieval española véase L. DE STEFANO, *La sociedad estamental de la baja Edad Media española a la luz de la literatura de la época*, Caracas, 1966.

2. La historiografía peninsular es rica en ejemplos de este tipo, desde el *Chronicon* de San Isidoro (finales del siglo VI-principios del siglo VII) y las crónicas del reino astur-leonés (siglos IX-X) hasta

La *Crónica General* de Alfonso X el Sabio, acabada en el año 1284, ofrece características que ninguna otra narración medieval presenta, a través de la intensificación y coordinación de las diversas tendencias que habían definido las épocas anteriores³. En particular, el relato da entrada a los temas de la literatura popular y a la utilización de fuentes árabes que ofrecen un significativo contraste con las crónicas cristianas y una forma de hacer historia más abierta y crítica. Además hay que destacar el empleo absolutamente innovador de la lengua vulgar, el castellano, que Alfonso X eligió como lengua oficial buscando dar un instrumento de unidad cultural y lingüística a un reino que aglutinaba regiones tan diversas como Galicia y Andalucía⁴.

Las dos partes en que se dividía la *Crónica General*, hasta la invasión árabe la primera, y desde el principio de la Reconquista hasta Fernando III la segunda, tuvieron un destino muy distinto como consecuencia de la diferente materia que trataban. La primera quedó confinada al mundo de la erudición, mientras que la segunda, más actual, atrajo la atención general y se transmitió a los siglos sucesivos en numerosas refundiciones. Así, se hicieron muchas revisiones sobre los borradores alfonsíes creando fuentes diferentes, que solían ser presentadas como la misma obra de Alfonso X. Durante varios siglos, hasta llegar a la edad de la imprenta, la *Crónica General*, a través de sus continuas modificaciones, dio lugar a un verdadero género literario y produjo un considerable número de manuscritos de difícil clasificación⁵.

En 1955 Ramón Menéndez Pidal logró, en su monumental trabajo de recopilación y crítica de los textos alfonsíes, reconstruir la versión más completa de la cró-

las crónicas castellanas de los siglos XII y XIII. Hoy en día el trabajo más importante sobre la historiografía medieval sigue siendo el estudio magistral de B. SÁNCHEZ ALONSO, *Historia de la historiografía española*, Madrid, 1947, 3 vols.

3. Sobre la *Crónica General* de Alfonso X el Sabio destacan los estudios de R. MENÉNDEZ PIDAL, *Primera Crónica General de España. Que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289*, Madrid, 1955, 2 vols., y los de D. CATALÁN, *De Alfonso X al Conde de Barcelos. Cuatro estudios sobre el nacimiento de la historiografía romance en Castilla y Portugal*, Madrid, 1962.

4. Las fuentes históricas que más utiliza la *Crónica General* para la época medieval son dos, el *De Rebus Hispaniae* del arzobispo de Toledo Don Rodrigo Jiménez de Rada y el *Chronicon Mundi* de Lucas obispo de Tuy. La calidad del texto aumenta gracias también al uso de fuentes árabes perdidas y a la *Traducción ampliada del Toledano* que contenía la última parte del reinado de Fernando III narrada por un autor contemporáneo o poco posterior al rey. En la *Crónica General*, además, destaca el uso de los *cantares*, tanto por la amplitud como por la cantidad de textos tenidos en cuenta. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Primera Crónica General*, cit., pp. XXXVII-XLII.

5. Alrededor de la *Crónica General* todas las derivadas forman una fuerte unidad tradicional. Sólo la crítica moderna ha podido discernir la obra inicial y distinguir los principales textos que de ella se produjeron: "el primero que hoy podemos conocer es el representado por la que llamaremos Crónica General *Manuelina*, la estudiada por don Juan Manuel; después la *Ocampiana*, la editada en el siglo XVI; también la que hoy conocemos como Crónica *De Veinte Reyes*, obra de un anónimo clérigo dotado de un muy apreciable sentido historiográfico; igualmente la llamada *Crónica de Castilla*, muy atenta sobre todo a la mayor gloria del Cid; más tarde la Crónica General de 1344". R. MENÉNDEZ PIDAL, *Primera Crónica General*, cit., pp. XLIX y ss. Para un análisis más completo de cada una de las crónicas derivadas de la alfonsina ver el ya citado trabajo de B. SÁNCHEZ ALONSO, *Historia de la historiografía*.

nica⁶. El texto que utilizó para la última parte de su edición, aunque más exacto en las fechas y en los datos, no es el más antiguo que se conserva. Según Diego Catalán, al borrador original de la segunda parte de la *Crónica General* se parece más otro manuscrito que, aun siendo más incompleto e impreciso, es el más cercano a la versión vulgar⁷, y que actualmente se encuentra, en una copia del siglo XV, en la Biblioteca Antigua de la Universidad de Salamanca con el tejuelo *Crónica de los Reyes de Castilla*⁸.

He preferido el análisis de este manuscrito a la edición de Menéndez Pidal, no sólo por la posibilidad de trabajar con una versión más cercana al original y por la fluidez de su lenguaje, sino también, y fundamentalmente, por la homogeneidad del período histórico que relata -del reinado de Fernando I al de Fernando III-, en cuanto que incluye todas las fases de la que la moderna historiografía llama "Reconquista".

En efecto, la mayoría de los medievalistas españoles están de acuerdo en rechazar el viejo planteamiento que identificaba el inicio de la Reconquista con las primeras actividades bélicas de los reyes asturianos. J.M^a. Mínguez define los primeros combates entre asturianos y musulmanes como poco más que "escaramuzas", una serie de acciones "de depredación dirigidas por los pueblos montañeses contra las tierras llanas, y que no son otra cosa que manifestaciones espasmódicas de la potente dinámica expansiva que están generando las transformaciones de la estructura económica y social de estos pueblos"⁹.

Además, se han venido distinguiendo los fenómenos de Repoblación y Reconquista, por mucho tiempo considerados simultáneos¹⁰. De hecho, se ha demostrado que los primeros avances cristianos, sobre todo en la parte Occidental de la Península, no fueron debidos a un plan de conquista militar sino al progresivo asentamiento de repobladores en la amplia zona de frontera, fuera del directo control musulmán y considerada "tierra de nadie". Así, la ocupación del valle del Duero (inicio del siglo X) no exigió la conquista de ningún núcleo urbano y la acción militar se limitó, en algunos casos, a la defensa de las esporádicas incursiones de los musulmanes, que en ningún momento aspiraron a ocupar estos territorios sino que intentaban retrasar el avance repoblador. La intervención de las

6. Ya en 1906 el mismo autor publicó el texto crítico de la *Crónica General* con un rico aparato de notas referente a las diversas diferencias existentes entre los manuscritos utilizados. Pero el estudio crítico lo concluyó sólo en 1955, con una nueva edición acompañada de un estudio sobre la elaboración de la crónica y sus refundiciones. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Primera Crónica General*, cit.

7. D. CATALÁN, *De Alfonso X*, cit.

8. Este título es debido probablemente al hecho de que el relato comienza por el reinado del primer rey de Castilla-León, Fernando I, y acaba con el reinado de Fernando III. Es posible que ante la gran cantidad de Crónicas Generales existentes, se prefirió en un determinado momento identificarla por esta particularidad. Archivo de la Universidad de Salamanca 2628, *Continuación de la Crónica de los Reyes de Castilla*, ff. 212 [en adelante *Crónica*].

9. J.M^a. MÍNGUEZ, *La Reconquista*, Madrid, 1989, p. 32.

10. Este planteamiento fue debatido por primera vez en el congreso celebrado en Jaca el año 1947, *La Reconquista española y la repoblación del país. Conferencias del curso celebrado en Jaca en agosto de 1947*, Zaragoza, 1951.

autoridades políticas tuvo lugar siempre en un segundo momento, a través de una simbólica toma de posesión de los núcleos repoblados. Durante todo el siglo X no hay todavía noticias de "ocupación de tierras pobladas por gentes musulmanas tras una acción militar", lo que según Ubieto Arteta se conoce con el nombre de "Reconquista"¹¹.

Sólo la fortificación del Duero, realizada a lo largo de la segunda mitad del siglo X, aunque situada lejos de los confines musulmanes, significó una importante consolidación de los reinos cristianos a través de una estructura política y militar fuerte, capaz ya de representar una amenaza seria para el imperio árabe. De todas maneras, fue la profunda crisis en la que cayó este último, su división en muchos pequeños reinos (Taifas) a menudo en guerra entre sí, la que jugó a favor del afán expansionista de los monarcas cristianos. Será con Sancho el Mayor y Fernando I cuando empezarán las intervenciones militares en territorio musulmán. El avance cristiano, irregular y complejo, podrá considerarse finalizada la fase de mayor esfuerzo con Fernando III, al final de cuyo reinado sólo quedarán en Al-Ándalus el reino vasallo de Granada y otros de menor importancia como Cádiz y Niebla.

La Reconquista, entendida como ocupación violenta de territorios bajo dominio árabe, es un fenómeno que se desarrolla con particular intensidad entre mediados del siglo XI y mediados del siglo XIII. Es precisamente la visión que de este período dieron los autores de la época la que pretendo analizar en las páginas siguientes.

LA CRÓNICA, INSTRUMENTO DE LA PROPAGANDA REGIA

Antes de iniciar el análisis de la *Crónica*, hay que enfrentarse necesariamente con la existencia de todo un conjunto de mensajes simbólicos que son característicos de este tipo de obras y que hay que individualizar, interpretar y filtrar.

En torno a una cierta imagen del rey, a través de los símbolos del poder, se desarrolla todo un proceso de propaganda ideológica. En la época medieval existe una unión indisociable entre la institución real y la persona que la encarna. Así, el poder del rey y, en definitiva, la realeza, vienen definidos por el concepto y la imagen que se posea del mismo monarca¹². Esta imagen, ideal puro y elevado, está siempre presente en la literatura histórico-política medieval gracias al trabajo de un equipo de literatos profesionales al servicio exclusivo del soberano¹³.

11. A. UBIETO ARTETA, "Valoración de la Reconquista peninsular", *Príncipe de Viana*, n. 120-121, año 31 (1970), pp. 213-220, en especial p. 214.

12. J.L. NIETO SORIA, *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla*, Madrid, 1988, p. 36. Este autor es quien más ha trabajado el tema de la representación ideológica del poder real en Castilla y León; del mismo historiador véase también "Imágenes religiosas del rey y del poder real en la Castilla del siglo XIII", en *En la España medieval*, V. *Estudios en memoria del profesor D. Claudio Sánchez-Albornoz*, II, Madrid, 1986, pp. 709-729.

13. La propaganda ideológica del poder real no se limitaba sólo a la expresión literaria, sino que utilizaba muchas otras representaciones simbólicas, como unciones reales, juramentos públicos, fiestas, entradas, sepelios, representaciones iconográficas, monumentos, etc.

Durante los siglos bajomedievales, el sentimiento religioso representó el instrumento más eficaz de la propaganda política y la utilización de sus símbolos para difundir una ideología de poder fue un recurso habitual. La realeza era representada como una institución de origen divino, siendo Dios el verdadero gran rey y los monarcas sus representantes humanos. Así, la *Crónica* cuenta cómo Fernando I en 1038, una vez conquistado León, se apresuró a obtener el reconocimiento de su autoridad por el obispo de la ciudad, que lo hizo entrar "en la iglesia catedral e puso la corona en la cabeza"¹⁴.

El respeto hacia la figura real es concebido como fundamental en cuanto que, si el rey tiene el oficio de Dios, el mismo temor que se tiene hacia Él debe tenerse hacia el soberano¹⁵. El reconocimiento de la posición de superioridad del rey implicaba que debía ser amado, obedecido, reverenciado y temido por sus súbditos. Reforzar este aspecto ideológico interesaba particularmente a Alfonso X, ya que su reinado estuvo constantemente amenazado por la rebeldía de coaliciones nobiliarias.

La concepción de la naturaleza divina de la institución monárquica constituye la base fundamental de una ideología típicamente providencialista. Según esta visión, las acciones de los monarcas no eran casuales ni respondían a iniciativas enteramente contingentes, sino a la influencia divina¹⁶. Así, la *Crónica* nos dice que en 1054 Fernando I ganó a su hermano García de Navarra y tomó posesión de su reino por la gracia de Dios:

"pues que el rey don Fernando por la merçed de Dios ovo la honrra del vencimiento retovalo luego el regno del hermano et fue señor de España"¹⁷.

El milagro y la profecía son también elementos fundamentales del reconocimiento del carácter divino del poder real que contribuyen a reforzar el fenómeno legendario en torno a la figura del rey. La leyenda constituye una parte del sistema de propaganda destinado a alimentar la devoción. Durante la estancia de Alfonso VI en Toledo como huésped del rey Almenon, el día de Pascua un caballero moro cuenta que un sueño le había revelado que pronto Alfonso se convertiría en el nuevo rey de aquella ciudad. A la muerte del mismo monarca, otro capí-

14. *Crónica*, f. 1. Además sabemos que, "como sus predecesores visigóticos, los reyes de Castilla y León fueron ungidos con óleo consagrado: una miniatura del antifonario de la catedral de León nos representa al rey postrado entre dos obispos siendo ungido en un ritual que claramente investía al rey con características sagradas. Así, aunque nunca se atribuía a estos monarcas unos poderes taumátúrgicos como aquellos que se asociaban a sus contemporáneos franceses, los aspectos teocráticos y sacerdotales del rey se acentuaban", A. MACKAY, *La España de la Edad Media. Desde la frontera hasta el imperio (1100-1500)*, Madrid, 1991, pp. 109-110.

15. J.M. NIETO SORIA, *Fundamentos*, cit., p. 117.

16. *Ibidem*, p. 76.

17. *Crónica*, f. 2. Igualmente, en torno al 1069, el rey don García no acepta ser liberado de la cárcel por su hermano Alfonso VI, que sabiéndolo enfermo quería darle la gracia, en cuanto -afirma el prisionero- que ésta había sido la voluntad de Dios y así tenía que morir. *Ibidem*, f. 46v.

tulo narra que se produjo un acontecimiento extraordinario: del pedestal del altar de la iglesia de San Isidoro en León empezó a manar agua ininterrumpidamente durante varios días¹⁸.

Detrás del empleo por parte del poder laico de los símbolos y de la ideología de la Iglesia se encuentra la consolidación de las relaciones entre las dos estructuras de poder. Así, durante los siglos XI-XIII la propaganda real, de origen religioso, beneficia también a la Iglesia. Ésta aparece en los diversos reinos españoles como protagonista de los procesos históricos y constituye un grupo de presión colaborador del poder laico, con el que hay que pactar y convivir. Como consecuencia de esta estrecha relación el monarca no puede ser indiferente a la defensa de los ideales de la Iglesia, llegando incluso a convertirse en su brazo armado cuando es necesario. Por ello el modelo ideal de rey expresado en las crónicas implicaba un comportamiento de inspiración moralístico-religiosa: el monarca debía tener presente en su conducta personal las exigencias devotas de "conocer, temer, servir y loar a Dios"¹⁹. En Castilla, la imagen del rey "cristianísimo" respondía ante todo al ideal del rey guerrero, dedicado a combatir a los infieles y a someter a los cristianos que atentaban contra el modelo de vida que correspondía a su religión²⁰. De todas maneras, no era lo mismo combatir contra los cristianos que contra los musulmanes, la guerra contra los primeros tenía que ser justa y necesitaba una particular motivación, mientras que la segunda era considerada legítima y normal²¹. Las acciones de guerra de Alfonso VIII, por ejemplo, tienen una dimensión en sí mismas, van más allá de lo bélico y se convierten en actos al servicio de Dios. En particular, la batalla de las Navas de Tolosa está caracterizada en la *Crónica* con todos los elementos de una cruzada en nombre de Dios y definida uno de los acontecimientos más importantes de la historia²².

Por consiguiente, al analizar la idea de Reconquista a través de la *Crónica de los Reyes de Castilla*, trataré de destacar el valor de esta narración más allá del simple relato histórico e intentaré utilizar una fuente, a priori parcial, para individualizar la mentalidad y los verdaderos móviles de quienes protagonizaron la Reconquista.

18. *Ibidem*, ff. 16v y 138-139.

19. Así lo señalaban las *Siete Partidas* de Alfonso el Sabio. J.M. NIETO SORIA, *Fundamentos*, cit., p. 82.

20. Las figuras del rey ideal representadas en la *Crónica* son sin duda las de Alfonso VIII y Fernando III; en torno a ellos se construyó todo un mito de rey "cristianísimo", en cuanto que el mayor prestigio que se le podía reconocer a un rey era dedicarse a la labor de Reconquista.

21. La Iglesia y la monarquía justificaban las continuas campañas contra los moros afirmando la necesidad de enfrentarse a "un enemigo que negaba el modo de existir cristiano". L. DE STEFANO, *La sociedad estamental de la baja Edad Media española*, cit., p. 110.

22. La *Crónica* dedica dos largos capítulos exaltando todas las gestas de los cristianos y el carácter de cruzada que esta expedición representó. *Crónica*, ff. 178v-180v.

LA RECONQUISTA: DOS ETAPAS, DOS MENTALIDADES

Como se ha dicho, la desaparición del Califato (1031) y la fragmentación de Al-Ándalus en pequeños reinos de Taifas, en constante lucha entre sí, alteró las relaciones de fuerza entre cristianos y musulmanes y propició la intervención militar castellana en territorio árabe. A partir de este momento, la anterior actitud defensiva de los reyes cristianos se convirtió en una política activa de expansión hacia el territorio musulmán.

Pero en esta primera fase de la Reconquista la lucha no se dirigió exclusivamente contra los invasores de la Península. Cuando las hubo, las expediciones militares contra los árabes no estuvieron impulsadas por un proyecto de liberación de España, ni por motivos religiosos, sino por móviles más concretos y materiales. Se buscaba ante todo la ampliación territorial del reino y el botín, y poco importaba que fuese a costa de los musulmanes o de los cristianos vecinos. En efecto, a principios del siglo XI, el afán principal de los reyes cristianos era la búsqueda de la consolidación de su poder personal a través del sometimiento de las poblaciones vecinas, fuesen o no musulmanas. Así, en su primera parte, la *Crónica* dedica casi todos los capítulos a la narración de las luchas entre los reyes cristianos. Baste recordar la guerra entre García Sánchez III de Navarra y Fernando I (1054) por la cual el segundo logró unificar los reinos de Castilla y León, y años más tarde la de Sancho II de Castilla, hijo del mismo Fernando I, contra sus hermanos con la intención de reunificar el reino que su padre había dividido entre sus cinco hijos²³.

En este período de continuos enfrentamientos, las relaciones entre moros y cristianos eran habituales y la diferencia de religión no impidió a reyes y nobles cristianos aliarse con los musulmanes cuando convenía a sus intereses. En 1054, cuando García Sánchez III de Navarra atacó con su ejército a Fernando I, entre sus aliados había también moros: "el rey don García habiendo coraçon de vengarse del rey don Fernando su hermano allego muy grandes huestes tambien de suyos como de ajenos, de cascones et de moros"²⁴. Igualmente, en 1071, García, rey de Galicia, atacado por su hermano Sancho II de Castilla, no dudó en pedir ayuda a los árabes:

"ovieron [el rey y sus vasallos] su acuerdo de yr pidir ayuda a los moros et que se fue el rey don Garçia con treçientos cavalleros et que dixo a los moros que sacasen huestes contra su hermano el rey don Sancho et que el les faria dar el Regno de Leon et aun el suyo mismo"²⁵.

El hecho de que García prefiriera dejar su reino a los moros antes que a su hermano Sancho demuestra con claridad que no existía ningún tipo de prejuicio

23. *Crónica*, ff. 2 y 11.

24. *Ibidem*, f. 1v.

25. Los moros rechazaron la oferta del rey García, pero, añade la *Crónica*, "dieronle muchos dones et honraronle", testimonio de las buenas relaciones existentes. *Ibidem*, f. 12v.

étnico y religioso contra los musulmanes. Asimismo, más evidente todavía es el caso de Alfonso VI que, derrotado por Sancho II en el 1072, huyó a Toledo donde fue huésped del rey Almenon y enlazó con él una fuerte relación de amistad y de respeto²⁶.

Además, durante el sistema de las parias, las relaciones entre cristianos y moros se fortalecieron en muchos casos por las alianzas y por los contactos constantes que se establecieron. Los cristianos no dudaron en luchar entre sí para defender los intereses de sus vasallos árabes y conservar los tributos que dicha condición les proporcionaba. El Cid, en defensa del rey de Sevilla, lucha contra el rey de Granada y algunos nobles castellanos que eran sus aliados²⁷. Años después vemos a Ruy Díaz, protector de Culeyma rey de Zaragoza, enfrentarse repetidas veces con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer, y el rey de Aragón, protectores a su vez de Abenalhage, rey de Denia²⁸.

Parece carente de fundamento cierta línea historiográfica que identificaba la Reconquista con la liberación de la Península del Infiel. Según Maravall las acciones de los cristianos contra los árabes tenían el claro propósito de recuperación y restauración de las tierras hispánicas²⁹ y Lomax destaca el móvil religioso como el más importante³⁰. Sin embargo, hasta que el Califato cordobés no desaparezca y sea evidente la debilidad de las Taifas, los cristianos no empiezan sus campañas en Al-Ándalus, aprovechando estas condiciones favorables, de la misma manera que hasta aquel momento habían intentado extender su dominio político sobre los otros reinos cristianos. La falta de motivaciones religiosas y un sentido general de tolerancia hacia los musulmanes son las características de la idea de Reconquista en esta primera fase. Así, en 1064, cuando Fernando I empieza sus acciones militares contra los moros del reino de Portugal, Badajoz y Mérida, la *Crónica* no habla de lucha contra los infieles ni en nombre de Dios: "el rey don Fernando pues que se vio bien andante et seguro ya en su regno saco grant hueste para ir conquistar a Portugal, Lasitanique que es tierra de Badajoç et de Merida que tenían ante los moros"³¹.

26. "Et fuese [Alfonso VI] para Toledo al rey de los moros que avie nombre Almenon, et el moro acogiole muy honrramente et diole muchos dones [...]. Almemon rey de Toledo pagose del rey don Alfonso commo si le fuese fijo et diole muy grandes averes et feçole mucha honrra et jurole et feçole pleito que siempre lo honrrase et guardase de mientre que con el fuese, este pleito mesmo feço a el don Alfonso". *Ibidem*, f. 16.

27. Los caballeros castellanos que se mencionan son "el conde Garçi Ordonneç et Furtun Sancheç et el ierno del rey don Garçia de Navarra et Lope Sancheç su hermano et Diego Pereç uno de los mejores de Castilla". Añade la *Crónica* que el Cid combatió con todos éstos "en campo" y les ganó de modo que "feçole foyr del Campo [...] et de alli adelante llamaron cristianos et moros a este Ruy Diaç de Vivar el Çid Campeador". *Ibidem*, ff. 31v-32.

28. *Ibidem*, ff. 40v-41.

29. J.A. MARAVALL, *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, 1954, p. 268.

30. "Está claro que las crónicas de la época consideran que la religión es el factor más importante que diferencia Coimbra y Asturias y fomenta su hostilidad recíproca [...]. Las reliquias, los santuarios y los cuentos milagrosos alentaban a los cristianos en la lucha [...]. Todo esto ilustra la motivación religiosa de la Reconquista", D.W. LOMAX, *La Reconquista*, Barcelona, 1984, pp. 57-58.

31. *Crónica*, f. 2v. Igualmente en la conquista de Lamego, una vez más por Fernando I, no se hace referencia a ningún móvil religioso. *Ibidem*, ff. 2v-3.

El elemento religioso, aunque aparezca con frecuencia en la narración, está presente sólo como factor de ayuda de las acciones emprendidas por los reyes cristianos. En 1064, Fernando I antes de dirigirse con su ejército hacia Coimbra, peregrina a Compostela para rogar a Dios y a Santiago que le ayuden a cumplir su proyecto³². Como he señalado antes, las relaciones entre cristianos y musulmanes no tienen rasgos de intolerancia ni siquiera después de los encuentros militares. El mismo Fernando I, en sus expediciones contra Coimbra y Sevilla, siempre acepta las condiciones de rendición que le ofrecen los moros³³.

En esta fase, más allá de presuntas implicaciones ideológicas y justificaciones religiosas, la guerra contra los musulmanes constituyó una importante fuente de ingresos gracias al sistema de las parias. El éxito económico de esta política de protección era incompatible con la conquista de nuevos territorios. Las *parias* respondían a una profunda necesidad de recursos financieros de los reinos cristianos que estaban realizando un considerable esfuerzo para mantener el ritmo de su crecimiento económico. Los tributos podían establecerse por distintas razones: la remuneración de un pacto de no beligerancia, la contratación de servicios militares para una operación concreta, un pacto de alianza y protección entre príncipes en el cual el árabe pagaba al cristiano la paz y su ayuda frente a sus enemigos.

Fernando I fue el rey que inauguró esta política. Arreglados los problemas de estabilidad de su reino, el monarca castellano-leonés inició una serie de expediciones militares a los dominios árabes con el fin de presionar a los divididos reyes musulmanes y exigirles la prestación de vasallaje y el pago de parias anuales. Así, la *Crónica* nos narra una expedición por los territorios del rey de Toledo en 1043:

"Fuese para tierra de Toledo et quemo et destruyo Talamanca et Alcala, Madrid et otros lugares del sennorio de Toledo et priso los moros et mato muchos de ellos et retovo los otros et gano [...]. En pos esto fue sobre la villa de Guadalfajara et destruyo otrosy. [...] El rey de Toledo quando esto oyo [...] tomo mucho oro y mucha plata et muchos pannos presciados et envio pedir treguas al rey don Fernando [...] et desi el moro fiçole entonçes jura que le diese cada anno parias et fuese su vasallo et asi desta guisa dexo el rey don Fernando de guerrear la tierra de los moros et tornose para Leon muy rico et muy honrado"³⁴.

Por tanto, es evidente que la imposición y el mantenimiento de las parias estaban en el centro de la política de los monarcas cristianos. Piénsese que, cuando

32. *Ibidem*, f. 3. La figura de Santiago se distinguirá a lo largo de la Edad Media como protector de los hombres en la Reconquista y su respaldo en las batallas.

33. *Ibidem*, ff. 3 y 5.

34. *Ibidem*, ff. 4-4v. Ocho años más tarde el mismo Fernando I extendía su protectorado hasta el reino de Sevilla: "Fuese para tierra de moros et començo de destruir por fuego et por fierro villas et castillos et canpos et quanto fallava et tanto mal les feço que por fuerça ovo de venir a el Havet Almutamiç rey de Sevilla con grandes averes a rogarle que tomase aquel aver et que por honrra de su regno no le quisiese façer más mal en su tierra [...] mas que le tomase por su vasallo et por su pechero asi como tomara a otros reyes moros de España". *Ibidem*, f. 5-5v.

Fernando I decidió repartir su reino entre sus hijos, dividió entre ellos también las principales parias: a Sancho tocó la de Zaragoza, a Alfonso la de Toledo, a García las de Sevilla y Badajoz³⁵. Igualmente, Sancho II de Castilla, en 1067, al inicio de su reinado, preocupado por fortalecer su poder político en los territorios árabes sometidos a su soberanía, promovió una expedición contra Al-Muqtadir, rey de Zaragoza, con el fin de que reconociera la paria que debía a Castilla³⁶. El mismo Alfonso VI, durante los primeros años de su reinado, no hizo nada más que limitarse a incrementar la presión de las parias e intervenir en las rivalidades entre los reyes árabes. En 1074, por ejemplo, intervino en ayuda del rey de Toledo contra el rey de Córdoba y al mismo tiempo aprovechó para "entrar por tierras de moros et corriola toda et astrago quanto fallo, et tan grant miedo metio en ellos que todos quantos moros avia en Espanna le pecharon trebuta"³⁷.

El deterioro de la capacidad ofensiva de los musulmanes y la creciente superioridad bélica de los reinos cristianos dieron lugar a una extraña situación militar que no sólo produjo el sistema de las parias, sino que también desembocó en una continua serie de razzias e incursiones. La guerra, en efecto, más que cualquier móvil religioso, tuvo una importante motivación económica, constituyó un negocio para muchos³⁸. El botín era un incentivo importante para el combate y normalmente incluía bienes preciados, ricas telas, ganados y esclavos. Fernando I, en la citada expedición de 1043 contra el rey de Toledo, no se limitó a obtener el vasallaje del rey sino que saqueó también muchos lugares como Talamanca, Alcalá y Madrid para conseguir un buen botín, "muchos ganados et otras riqueças" que repartió entre sus caballeros³⁹. A su vez, Sancho II, en su campaña de Zaragoza de 1067 para obtener la confirmación de la paria, obtuvo también la entrega de "mucho oro et mucha plata et de sus donnas otras, ansi commo pannos preçiadados et piedras preçiosas"⁴⁰. En 1076, el Cid atacó el castillo de Castellón "et priso los moros et las moras et el ganado, [...] de oro et de plata et de lo que y fallo lo que quiso", mientras Álvar Fáñez y sus caballeros "corrían" las tierras de Guadalajara y Alcalá con los mismos resultados⁴¹.

35. Fernando I, en los últimos años de su reinado, recaudaba con estas parias alrededor de 40000 dinares de oro cada año. P. IRADIEL y otros, *Historia medieval de la España cristiana*, Madrid, 1989, p. 119.

36. Los cronistas alfonsíes intentaron dar un móvil religioso a la expedición, narrando que el rey don Sancho trataba "de cometer contra los moros grandes fechos a honrra de Dios et pro de la Cristianidad". El mismo relato demuestra, sin embargo, que el único fin es confirmar la paria sobre la ciudad. El rey, se narra, después de haber recibido con respeto a los mandatarios del rey árabe ("onrrolos quanto era menester"), obtenido el tributo anual y recibido "mucho oro et mucha plata", se sintió plenamente "pagado" y volvió a su reino "sano et honrrado et bien andante". *Crónica*, ff. 9v-10.

37. *Ibidem*, f. 31-31v.

38. En 1173, las milicias de Ávila, capitaneadas por Sancho Jiménez, fueron alcanzadas por el califa cerca de Caracuel y exterminadas al regreso de una incursión por las tierras del reino de Sevilla con un botín de 50000 ovejas, 1200 vacas y 150 esclavos moros. D.W. LOMAX, *La Reconquista*, cit., p. 151.

39. *Crónica*, f. 4-4v.

40. *Ibidem*, f. 10v.

41. Reunido el botín de estas dos incursiones, el Cid se quedó con el "quinto" de los bienes que, luego, decidió vender a los moros de Hita y Guadalajara "et ellos vinieron veer la prea et conpraron-la entre III mil marcos de plata [...] et fue pagado todo al terçero dia". *Ibidem*, ff. 34v-35.

A los pocos días el mismo Cid conquistaba el castillo de Alcocer y lo devolvía a los moros a cambio de 3000 marcos de plata que repartió con sus milicias⁴².

La crisis del imperio cordobés, que situó bajo la órbita cristiana importantes territorios de Al-Ándalus, y el afluir a los nuevos reinos cristianos de parte del oro musulmán a través de las parias no dejó indiferente a la Iglesia Romana.

Tras la conquista musulmana del siglo VIII, tanto la Iglesia mozárabe en Al-Ándalus como la independiente de los primeros reinos del Norte se habían quedado aisladas del resto de Europa. La principal consecuencia de ello fue el control de los hechos eclesiásticos por los monarcas, que restauraban y nombraban obispos, fundaban monasterios y elegían todos los altos cargos eclesiásticos. Fue sólo a partir del primer tercio del siglo XI, tras la introducción de los cluniacenses, facilitada por Sancho III el Mayor, cuando los reinos peninsulares se abrieron a la influencia del rito romano⁴³. Pronto se instauró una especie de alianza, de acuerdo con la mentalidad de la época, donde cada parte contribuía según su propia función: Cluny con la plegaria y los reyes castellano-leoneses con su aporte económico para el mantenimiento de los hombres de oración. La intervención de los cluniacenses en la política peninsular no se debió exclusivamente a consideraciones religiosas, como bien demuestra su interés hacia las parias. La alianza con los monarcas castellano-leoneses posibilitó, en efecto, el enriquecimiento de la Abadía y su expansión en la Península. A partir de 1055 Fernando I estableció un censo anual de mil dineros a favor de la Abadía borgoñona, cantidad que Afonso VI llegó a doblar⁴⁴.

El ejemplo cluniacense y la nueva realidad político-económica de la Península Ibérica condujeron al Papado a plantearse un primer programa de intervención directa en la misma. Alejandro II, primero, y su sucesor Gregorio VII, después, siguieron una política de afirmación de la autoridad pontificia en España, basándose para ello en la pretensión de que ésta había pertenecido, según la donación de Constantino, a la Santa Sede⁴⁵. El objetivo de la Iglesia era el reconocimiento de vasallaje por los monarcas hispánicos, con el fin de compartir con ellos los beneficios de las preciadas parias musulmanas.

42. "El Çid porque queria yr de alli [...] sen enpenno a los moros aquel castillo de Alçoçer por III mil marcos de plata et partiolos a sus canpannas et fiçol ricos et todos asi cavalleros como e peones". *Ibidem*, f. 39v.

43. Es relevante el hecho de que Sancho III ofreciera a los monjes de Cluny la conducción de los monasterios más importantes de Aragón, Navarra y Castilla. J. BARREIRO SOMOZA, *Ideología y conflictos de clases. Siglos XI-XIII*, Santiago de Compostela, 1977, pp. 128-129.

44. Acerca de las relaciones entre Cluny y los reyes castellanos destaca el trabajo de C.J. BISHKO, "Fernando I y los orígenes de la alianza castellano-leonesa con Cluny", *Cuadernos de Historia de España*, XLVII-XLVIII (1968), pp. 31-135; XLIX-L (1969), pp. 50-116.

45. "Alejandro II había llegado, dentro de la citada línea de pensamiento, a acuñar monedas con su efigie en el anverso y la palabra *Hispania* en el reverso, mostrando todo un símbolo de proyectos intervencionistas". J. BARREIRO SOMOZA, *Ideología*, cit., p. 119.

Ante tal ambición los reyes cristianos reaccionaron de modo diferente. Los aragoneses aceptaron pronto la protección pontificia, pero no Alfonso VI que no quiso avalar la soberanía papal sobre Castilla-León⁴⁶.

Además, el mismo Alfonso VI con el apoyo de Roberto, abad de Sahagún, empezó a rechazar abiertamente la difusión del rito romano y a negar la autoridad del legado pontificio, favoreciendo un retorno a la liturgia mozárabe. Pero Gregorio VII, que no podía soportar tal fracaso en la escena política de la Península, propiciando la intervención en su favor de los cluniacenses, y amenazando con la excomunión al mismo Alfonso VI, logró que el rey volviera a la liturgia romana y reconociera como abad de Sahagún al cluniacense Bernardò, fiel a la Iglesia Romana. La importancia de este acontecimiento se hará notar pocos años después cuando Bernardo, nombrado arzobispo de la restaurada sede toledana, empezará a favorecer el nombramiento de clérigos franceses o formados por ellos para las sedes más importantes del reino, constituyendo un poderoso grupo político que tendría una participación decisiva en los futuros acontecimientos de la Península.

La *Crónica* nos transmite la impresión de que algo está cambiando en la política peninsular. A través de una serie de capítulos, que se sitúan en torno a la toma de Toledo, se percibe claramente el trastorno político de estos momentos: las presiones de la Iglesia Romana, el intento de Alfonso VI de mantener su conducta política, las primeras actitudes de intolerancia hacia los musulmanes protagonizadas por el clero francés.

Así, podemos notar que Alfonso VI continuó en cierta medida con su línea transigente hacia los árabes. En la conquista de Toledo (1085), pactó la rendición de la ciudad y concedió buenas condiciones a los moros⁴⁷. Igualmente, pocos años después, cuando el monarca intentó la conquista de Zaragoza, su estrategia no descartó la integración pacífica de la población árabe. Por eso ordenaba a sus tropas que no destruyesen los pueblos alrededor de la ciudad y que dejasen a sus habitantes en las mismas condiciones que tenían con los musulmanes:

"Et por aver la tierra mas de ligero defendio a los suyos que non feçiesen ningun mal a los moros que moravan en los llanos et en las aldeas ni los robasen [...]. Et sobre esto envio el rey deçir a estos moros que le non pechasen ni le pecharian mas de quanto solian pechar a sus moros et que non les cambiasen ninguna cossa de sus fueros ni de sus usos [...]. Et esto façia el rey don Alfonso ayudando que por

46 . "La década 1068-1077 ve surgir en Iberia cristiana, según pruebas documentales completas, dos sistemas rivales de alianzas; cada uno de ellos une estrechamente a una monarquía peninsular con un centro eclesiástico extranjero: a Aragón con Roma, a León y Castilla con Cluny", C.J. BISHKO, *Fernando I*, cit., (1969), p. 50.

47. "Que fincasen ellos en la villa con sus casas et sus heredades et con quanto avian enteramente. Et el rey don Alfonso que aviese el Alcaçar et la huerta que es allien del puerta de Alcantara et que le diesen los moros cada anno las rentas et los pechos que solian a los sus reyes moros et otrosy la mesquita mayor que fuese siempre de los moros". *Crónica*, f. 47.

esta maestria podria el aver el Andaluçia en poco [...]. Et demas mandava el deçir a los moros que les non faria el ansi como los suyos reyes moros les façian que les tomavan mas de quanto era su derecho"⁴⁸.

Al mismo tiempo, Alfonso VI era objeto de claras presiones. Volviendo a los hechos de Toledo, por ejemplo, tuvo que imponerse a la voluntad de la población, que quería conservar el rito mozárabe, y avalar la instauración como arzobispo de la ciudad de Bernardo, representante de la Iglesia Romana y de los intereses cluniacenses⁴⁹. Asimismo, a los pocos días, el monarca se vio impotente ante la ocupación de la mezquita grande por las tropas cristianas, que probablemente estuvo obligado a aceptar o, como afirma la *Crónica*, a secundar⁵⁰. Este hecho marcaba claramente la tendencia hacia una política de intransigencia que modificaría las actitudes de tolerancia hacia los musulmanes características del período inicial de la Reconquista. El compromiso que ahora unía a Alfonso VI y a la Iglesia Romana se hacía cada vez más evidente e ineludible. En 1109 el monarca, ya viejo, cedía como esposa a su hija Urraca, y prácticamente su reino, a Alfonso de Aragón siguiendo el consejo de los primados de su reino:

"Et el rey don Alfonso [...] llamo al arçobispo et primas de Toledo et a todos los otros obispos et abades de sus regnos et ovo su consejo con ellos sy daria ssu fija donna Urraca en casamiento al rey de Aragon et ellos respondieronle que segund fuera ya ella casada et fincava viuda que uno de los mejores casamientos que ellos sabian era aquel para ella"⁵¹.

La Iglesia había pasado en pocos años de estar dominada por el poder laico a tener un peso importante en los acontecimientos políticos de la Península. El Papado, a través de los monjes cluniacenses y de los legados pontificios, podía regular los asuntos eclesiásticos e intervenir en los civiles.

A finales del siglo XI, la unificación de los musulmanes peninsulares bajo el imperio almorávide constituyó una nueva amenaza para los reinos cristianos y, sobre todo, significó el fin de la política de las parias y del botín. Desaparecía así una cuantiosa fuente de ingresos tanto para los monarcas cristianos como para la Iglesia Romana, que había hecho un gran esfuerzo para ser reconocida en la Península y para beneficiarse de las donaciones de los poderosos laicos. Además,

48. *Ibidem*, f. 62-62v.

49. *Ibidem*, ff. 50-52.

50. "Et venia [Alfonso VI] con postura de poner fuego al eleyto don Bernaldo et a la reina donna Costança et quemarlos a amos porque pasaron la su postura. [...] Los alarraves començaronle a rogar de esta guisa. Et dixieron [...] bien conosco nos que el arçobispo es cabdillo et princepe de vuestra ley, et si nos fueros a choque de la su muerte por çelo de la fe nos mataran los cristianos un dia. Et otrossi [...] si la Reyna se perdiere por nuestra raçon nuestra, el su linaje siempre nos querran mal [...]. Onde [...] te pedimos merçed que los perdone". *Crónica*, ff. 49v-50.

51. *Ibidem*, f. 55. Probablemente incluso en el matrimonio del mismo Alfonso VI con Costanza de Borgoña, en 1069, influyeron de manera determinante los cluniacenses, siendo ésta la sobrina del Abad Hugo de Cluny. C.J. BISHKO, *Fernando I*, cit., (1968), pp. 32-33.

a la muerte de Alfonso VI se produjo una grave crisis de vacío de poder que provocó una dura lucha entre los grandes feudatarios. Tras la difícil relación de la reina Urraca con Alfonso de Aragón y la ruptura de su matrimonio se esconden las fuertes presiones de los nobles castellanos y aragoneses en una lucha feudal sin cuartel⁵².

La generalización de estas disputas señoriales no beneficiaba a la Iglesia cuyo interés principal consistía en apoderarse del oro y de los mercados musulmanes. Ahora bien, ante un enemigo de nuevo organizado militarmente, se necesitaba una acción de conquista directa a través de la ocupación militar. Por eso, la preocupación principal del Papado en este momento fue mantener la concordia entre los distintos reinos cristianos para crear un frente unido, indispensable para poder organizar una seria ofensiva contra el Islam:

"Los obispos et los abades et los otros prelados de Castilla et de Leon et de Aragon quando vieron que este desacuerdo era entre los reyes et los regnos de los cristianos et podrian dar carrera a los moros para perderse la tierra por ocasion ansy como contesçiera en tiempo del rey Rodrigo [...] et ansy firmaron paçes et amor entre sy que despues non ovo entre ellos guerra ni desamor ninguno"⁵³.

Para combatir a un enemigo que de nuevo era fuerte, la Iglesia no intentó solamente unificar la acción de los reyes hispanos, sino que también buscó el apoyo de todos los cristianos europeos. En el sermón con el que predicaba la primera cruzada de Oriente, el papa Urbano II señalaba que España representaba otro frente en la lucha contra los musulmanes.

Un mecanismo de movilización fue la invención de la indulgencia. Los cristianos que hubieran confesado sus pecados podían sustituir la penitencia correspondiente combatiendo a los infieles⁵⁴. El arzobispo de Toledo Juan, en 1160, prometía la absolución de los pecados a quien acudiera a defender la fortaleza de Calatrava: "feçolo luego predicar por Toledo et por los pueblos que en ayuda de

52. Estos conflictos se desencadenaron sobre todo en Castilla-León y en Galicia, y adoptaron la característica de verdadera anarquía.

53. *Crónica*, f. 141v. La Iglesia empezó a ver los frutos de esta política a partir de la segunda mitad del siglo XII, cuando los monarcas cristianos comenzaron a firmar una serie de pactos para repartirse los territorios árabes aún no conquistados, como el de Tudén en 1151 entre Alfonso VII y Ramón Berenguer IV, el de Sahagún en 1158 entre Fernando II y Sancho III, el de Cazola en 1179 entre Alfonso VIII de Castilla y Alfonso II de Aragón. D.W. LOMAX, *La Reconquista*, cit., pp. 135-136; y J.M^a. FONT Y RÍUS, "La Reconquista y repoblación de Levante y Murcia", en *La Reconquista española y la repoblación del país*, Zaragoza, 1951, pp. 85-126, en especial pp. 88-89.

54. La invención de la indulgencia se atribuye a Alejandro II que la utilizó en una Bula de 1063 para promover la expedición de Barbastro. R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, Madrid, 1969, 2 vols., p. 147. "Al pecador que moría en combate no se le prometía ir derecho al cielo a ser un mártir por la fe, pero la interpretación de la Bula por los caballeros combatientes pudo ser -y de hecho fue algo distinta, aproximándose a las ideas musulmanas vigentes al respecto", R. PASTOR, "La conquista cristiana de Castilla la Nueva y el desarrollo de las estructuras feudales", en *Musulmanes y cristianos: La implantación del feudalismo*, t. V, Toledo, 1988, p. 134.

Calatrava fuesen que los perdonava todos los pecados confesados⁵⁵; y en 1210 la batalla de las Navas de Tolosa empezó a predicarse por toda Europa⁵⁶.

Sin embargo, no fue sólo el móvil religioso el que impulsaba a la participación en la guerra contra los infieles, sino que había también móviles de carácter material. Un crecimiento demográfico generalizado y una crisis económica fuerte⁵⁷ empujaban hacia la Reconquista de las ricas ciudades musulmanas con objeto de repartir las tierras y el botín. Así, Alfonso VII, en su expedición contra Almería de 1147, pedía ayuda al Conde de Barcelona y a los genoveses a cambio del botín logrado en el saqueo de la ciudad⁵⁸.

El mayor apoyo extranjero a las expediciones contra los musulmanes fue el francés, tanto en continuidad como en cantidad, y ello no sólo por la proximidad geográfica que facilitaba los contactos y la llegada, sino también por las estrechas relaciones que muchos ultrapirenaicos -nobles, clérigos, mercaderes- tenían con España. De este modo la *Crónica* muestra el importante papel de los cluniacenses, la boda de Alfonso VI con Costanza, el hecho de que Alfonso VII fuera hijo de doña Urraca y Raimon de Borgoña, y que su hermana se hubiese casado con Luis VII rey de Francia.

La acción de Reconquista, ahora promovida con decisión por la Iglesia, adoptaba rasgos distintos a los que presentaba en la época anterior. El Papado, y en particular los monjes cluniacenses que lo representaban en la Península, justificaron la guerra contra los árabes mediante la promoción de un ideal de lucha en nombre de la Cristiandad, que fue fácil difundir bajo el impulso de las expediciones cristianas en Medio Oriente⁵⁹.

Aunque ya se había asistido a expediciones organizadas contra los infieles, lo que resultaba nuevo desde finales del siglo XI era "el patrocinio oficial que daba entonces la Iglesia a aquella guerra santa"⁶⁰. En otras palabras, la guerra era "santa" no tanto porque estaba dirigida contra un enemigo de otra religión, cuanto por-

55. *Crónica*, f. 158. La concesión del perdón de los pecados para quien acudía a guerrear contra los moros era algo habitual y difundido, tanto que todos los grandes poemas de la época aluden a ello, como El Conde Lucanor, el poema del Mío Cid, la *Crónica* de Alfonso XI, el poema de Fernán González. L. DE STEFANO, *La sociedad*, cit., pp. 95-97.

56. "Por todas estas tierras fuera con el otorgamiento del apostoligo et de la corte de Roma predicada et pregonada cruçada por todas estas gentes et por los grandes perdone que eran y dados cruçaronse gente syn cuenta destas tierras, cavalleros et peones que venieron a esta batalla commo en rome-ria salvarse de sus pecados". *Crónica*, f. 181-181v.

57. En su interesante artículo Ubieto Arteta afirma que la Reconquista en esta fase está estrechamente vinculada con épocas de depresión de los varios reinos cristianos. A. UBIETO ARTETA, *Valoración*, cit., pp. 219-220.

58. *Crónica*, f. 153.

59. Esta idea de guerra contra los enemigos de la Cristiandad "estaba muy difundida por la España del siglo XII y se revela un interés por las cruzadas sirias, prácticamente el único episodio no español contemporáneo que se menciona en las crónicas peninsulares, y por otros vínculos concretos con Tierra Santa. Es muy significativo que la obra más antigua de la literatura española en prosa sea una descripción de Tierra Santa, *La Fazienda de Ultra Mar*", D.W. LOMAX, *La Reconquista*, cit., pp. 134-135.

60. *Ibidem*, pp. 81-82.

que era -en palabras de Jean Flori- "considerée comme sainte par le fait même qu'elle est prêchée par le Pape"⁶¹.

En esta segunda fase la Reconquista presentaba rasgos ideológicos completamente diferentes. La Iglesia había conseguido difundir una mentalidad nueva que consideraba la guerra contra los musulmanes un deber político-cristiano para toda la comunidad, y el mayor elogio que podía hacerse a un rey era ponderar su labor de Reconquista⁶². Los reyes, educados en la fe⁶³, ya no se limitaban a pedir la ayuda divina para coronar una empresa que ellos mismos habían proyectado, sino que luchaban "por la voluntad de Dios" y estaban al servicio de su causa. Con estas palabras la *Crónica* destaca la gran tarea conquistadora de Alfonso VIII de Castilla:

"Este rey don Alfonso esforçado por la virtud de Dios que era con el et lo façia todo tomar la mano contra los moros disleales de Cristo et gente enemiga de la su ley et de nos et començo de usar sus batallas contra el[los] et lidiar por la fe de Cristo et destruyolas con reça mano et encogiolos con la grandeça de su coraçon, [...] et ensancho los terminos de la nuestra fe"⁶⁴.

Junto a la imagen de un monarca dedicado a la labor de Reconquista, se exaltaba la figura del caballero cuya propia ética lo conducía a combatir a los enemigos de la fe⁶⁵. El ejemplo máximo de este tipo de caballero era el representado por los miembros de las Órdenes militares. Los monjes-guerreros protagonizaron esta fase de la Reconquista ganando y defendiendo tierras de frontera. La fusión de una vida santa y ascética con la práctica guerrera, en principio tan extraña al pensamiento cristiano, se debía ahora a la proyección de lo religioso en todos los aspectos de la vida⁶⁶.

61. J. FLORI, "L'Église et la Guerre Sainte: de la 'Paix de Dieu' à la 'croisade'", *Annales ESC*, 47, n. 2, (1992), pp. 453-466, en especial p. 458.

62. L. DE STEFANO, *La sociedad*, cit., p. 89.

63. Así se describe la figura de Alfonso VIII: "alço el muy alto Dios a este rey don Alffonssso et fiçol grand el su criador fasta quel estableçiesse siella de gloria yl exaltasse con corona de victoria, esto es de canpaña canpal que vençiese, fue con el en guardarle del engaño en quel andavan los quel guieren deseredar; fiçol apuesto de cuerpo et de costunbre, onrrol en gloria, guardol de los enemigos, diffendiol de los engannadores, diol batallas que vençies por que sopiese que Dios poderoso en todas las cosas gobierna a los reyes et que los principes por el tienen la tierra". R. MENÉNDEZ PIDAL, *Primera Crónica General*, cit., cap. 991, p. 672.

64. *Crónica*, f. 169. Igualmente Alfonso IX de León combatía contra los árabes al servicio de Dios y de la Cristiandad: "diçe la estoria que consagro sus fechos a Dios [...] et fue contra los alaraves por façer serviçio en nonbrado et que fuesse resçevido de nuestro señor Dios en cavo de su vida [...] et gano [...] logares para ensanchar cristianismo et los terminos de su regno". *Ibidem*, f. 168-168v.

65. La mayor parte de los códigos de caballería evidencian los deberes cristianos que le competen: "Bonifacio de Sutri, en su *Liber de vita christiana* (entre 1090-95), establece como deberes específicos especialmente la lealtad y devoción a su señor, la defensa de los pobres, viudas y huérfanos, y la lucha contra los herejes. [...] El glosador castellano del *Regimiento de príncipes* enumera los deberes de la caballería, entre los cuales señala la lucha contra los moros, un deber específico para la Península", L. DE STEFANO, *La sociedad*, cit., pp. 87-88.

66. "Estas Órdenes de monjes-caballeros que combaten contra el infiel se parecen, en efecto, mucho en su razón de ser al "ribat" islámico, y en la España cristiana numerosas plazas fronterizas quedaron confiadas en el siglo XII a los caballeros del Hospital de Jerusalén y del Temple", L.G. DE VALDEAVELLANO, *Historia de España. De los orígenes a la Baja Edad Media*, Madrid, 1980, vol. 2, p. 563.

Sin duda el papel de las Órdenes era considerado por los contemporáneos como una alta prueba de fe y de dedicación a la voluntad de Dios, una prueba clara del auge del espíritu de cruzada. Así, en 1177, Alfonso VIII confió la defensa de Uclés a la Orden de Calatrava, alabando su importante papel en la Reconquista⁶⁷.

Los esfuerzos de la Iglesia hispana y del Papado en la tarea de reconquista se habían intensificado a partir de la pérdida de Jerusalén en 1187, pero la derrota de Alarcos (1195) y las siguientes campañas almohades provocaron el desconcierto y el reinicio de los antiguos enfrentamientos entre los reyes de la Península. Alfonso IX de León, en efecto, se apresuró a concretar una paz con los almohades que le sirviera, al mismo tiempo, para atacar al reino de Castilla⁶⁸. Asimismo la derrota de Alarcos facilitó la difusión de un sentimiento de solidaridad, sobre todo al norte de los Pirineos, y provocó el fortalecimiento del espíritu de cruzada. La Iglesia Romana, que deseaba que se emprendiera una gran campaña contra los musulmanes, empezó a trabajar para lograrlo. Inocencio III buscó la pacificación de los monarcas españoles amenazando con severas penas eclesiásticas a quien rompiera la tregua establecida y delegó en el arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, la tarea de promover la "Cruzada" entre los reinos cristianos. El arzobispo toledano y muchos otros prelados españoles predicaron la expedición contra los almohades por toda Europa y consiguieron el apoyo de toda la Cristiandad, inquieta ante la nueva amenaza árabe⁶⁹.

En el verano de 1212 la labor del arzobispo don Rodrigo empezaba a dar sus frutos: un gran ejército, integrado por las tropas castellanas, aragonesas y navarras, más numerosos efectivos provenientes de varios países ultrapirenaicos, se había dado cita en Toledo a las órdenes de Alfonso VIII de Castilla. Esta vez, más que nunca, la expedición contra los musulmanes tenía un auténtico carácter de cruzada, por la predicación que se había hecho de la misma, por la oficialidad que le otorgaba la Iglesia y por la adhesión de tan variados monarcas bajo el signo de la cruz:

"Començo entonçes la ciudat real de Toledo a enllenarse de pueblos [...] et nobleçerse todos et conplirse de armas et enllenarse de muchas lenguas et partidos lenguajes de las muchas gentes que ally eran ayuntados [...] ca por ayuda desta batalla fastas de todas las partidas de Europa fueron gentes en Toledo de aquella

67. A raíz de la activa participación en la Reconquista, las Órdenes obtuvieron numerosas propiedades -baste pensar que les fue cedida la casi totalidad de Extremadura- con lo cual se convirtieron en una gran potencia de la España cristiana. La *Crónica* no deja pasar este particular cuando recuerda que Alfonso VII fue particularmente generoso con la misma Orden de Calatrava: "los levanto et los crio et los enriquesçio de muchas posesiones esto es de heredades et de donadios et muchas otras riqueças". *Crónica*, f. 170.

68. La *Crónica* cuenta que Alfonso IX, con la ayuda de Sancho de Navarra y de tropas árabes, atacó a Alfonso VIII, el cual consiguió defenderse gracias al apoyo de Pedro de Aragón. *Ibidem*, ff. 171v-172.

69. Solidario con la misión europea, el trovador provenzal Gavaudan la comparaba a la cruzada de Oriente: "Saladino ha tomado ya Jerusalén, y los "perros marroquíes" amenazan a la Provenza; que "los cruzados alemanes, y franceses, ingleses y bretones" -dice- vayan a España antes que sea tarde". L.G. DE VALDEAVELLANO, *Historia de España*, cit., p. 601.

veç ayuntados. [...] De dia en dia cresçie mas la cuenta de las gentes que venia et traian en sus cuerpos las sennales de la cruz del Sennor, esto es que venyan ya cruçados a la batalla"⁷⁰.

La Iglesia había logrado ideologizar a los participantes en esta batalla. En los cristianos había sido inculcada la idea de "guerra santa" y habían sido preparados para el sacrificio personal en nombre de la fe:

"Pues ordenadas las açes con Dios en esta hueste commo es dicho alçadas las manos a los cielos endereçados los ojos a Dios et avinados et levantados los coraçones a martirio et rendidos las sennas de la fe et de los fieles de Cristo vinieron todos segund la ordenança dicha asesegados en uno egualmente a los peligros et al departamiento de la batalla"⁷¹.

Así, cuando llegue el momento del encuentro decisivo, no sólo se combatirá en nombre de Dios y guiados por su voluntad, sino que esta vez será Él mismo quien dirigirá la batalla⁷².

La expedición de las Navas de Tolosa fue sin duda un gran éxito de la Iglesia en la difusión del sentimiento de cruzada, lo cual le permitió actuar sobre la voluntad de los monarcas cristianos con mayor facilidad. Al mismo tiempo, la acentuación de este espíritu de lucha contra el infiel condujo a una exasperación de las actitudes intransigentes. Ya la toma de Toledo había mostrado que una parte del clero y de la nobleza ahora en el poder, la mayoría de origen francés, rechazaba la postura de tolerancia hacia los musulmanes. La *Crónica* proporciona evidentes señales de la intensificación de este fenómeno. En la marcha de las tropas hacia las Navas de Tolosa las milicias "ultramontanas", tras haber conquistado el castillo de Malagón, decidieron exterminar a todos los moros⁷³. A su vez, antes de la batalla de las Navas, el arzobispo de Toledo amenazó con la excomunión a quien dejara de "matar a los moros" durante la lucha⁷⁴. Igualmente, después de la

70. *Crónica*, ff. 177v-178.

71. *Ibidem*, f. 188v. El mismo rey de Castilla, Alfonso VIII, se declara dispuesto a morir en nombre de Dios: "entonces dixo el noble rey don Alfonso de cabo al Arçobispo, Arçobispo aqui muramos ca tal muerte commo esta conviene a nos, et tomarla en tal articulo et en tal angostura por la ley de Cristo: et muramos en el. Respondiole el arçobispo Senno sy a Dios plaçe esa corona a vos viene de victoria, esto es vençer nos et non de muerte nin morir, mas venir, pero si de otra guisa pluguiere a Dios todos somos para morir con vusco et esto ante todos lo testigo yo pora ante Dios". *Ibidem*, f. 189v.

72. Durante la contienda, el mismo Alfonso VIII entra en el campamento de los moros guiado por Dios: "El alli adelante, [Alfonso] non queriendo mas soffrir el peligro de los primeros venose ally aprisa fasta que lleço al corral del moro et endereçolo Dios que lo façia todo". *Ibidem*, f. 198v.

73. *Ibidem*, f. 183.

74. "Los mayores omnes que avian el amor de la fee guardavan honrra de la ley et se querian dar por libres et non se alaxar a tales cosas guardando sus nobleças desdenando todas estas cosas, mas cataron por contender et matar los enemigos que alcançavan et ssegudarlos que en se meter a tomar de aquellas cosas [el botín] mas de matar et segudar los enemigos nunca quedaron fasta la noche. Et mayormente porque el arçobispo de Toledo devedara et excomulgara el dia de antes a todos aquellos que en la batalla dexasen de matar et quebrantar los enemigos et se metiesen a tomar ninguna cosa del canpo fasta que toda la batalla fuese librada". *Ibidem*, ff. 191v-192.

contienda, cuando las tropas llegaron a Baeza encontraron la ciudad vacía, sólo habían quedado algunos moros encerrados en la Mezquita, a los que los cristianos "pusieronles fuego y quemaronlos"⁷⁵.

La victoriosa campaña de las Navas había supuesto un gran esfuerzo económico para la Iglesia, la cual no pudo aprovechar de modo inmediato el beneficio de la derrota infligida a los almohades ni continuar la conquista de Al-Ándalus. El incremento de las tensiones entre los reyes cristianos, la muerte de Alfonso VIII y el consiguiente vacío de poder producido por la minoría de edad de su hijo Enrique, impidieron una ofensiva decisiva. Sólo algunos años más tarde, cuando gracias a una serie de circunstancias favorables (Fernando III logró convertirse en rey de Castilla-León y se delineó una profunda crisis en el imperio almohade) la Iglesia logró reanudar las campañas contra el Islam. Así, el papa Honorio III, a través del arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada, consiguió ejercer una fuerte presión sobre el monarca castellano que acabó aceptando la organización de una nueva acción militar para conquistar Andalucía. Por otra parte, Fernando III aprovechó esta ocasión para aplacar el descontento de los grandes linajes del reino y reforzar su autoridad. La Reconquista le sirvió para fomentar distensiones internas y posibilitar la entrega de tierra a sus hombres. La *Crónica* permite percibir que la decisión del rey fue adoptada bajo influencias y presiones:

"Et la noble reina donna Berenguela, su madre del rey don Fernando, con amor y con bien querencia dese su fijo, queriendol estorvar de yr vengar los tuerros que los moros le façien, asi commo diçe la estoria, los comienços de su cavalleria, et alongar por mas tiempo las treguas que el avia con los alaraves, et non le dexava mover por ella. Mas al cabo, el rey don Fernando aviendo a coraçon la yda contra los moros, saco su hueste muy grande; et estando y el arçobispo don Rodrigo de Toledo et los otros grandes omnes del regno, no lo pudo ya dexar"⁷⁶.

En la reanudación y en el desarrollo de las campañas de Reconquista de Fernando III destacó la figura del arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada. El interés del prelado por la acción de conquista manifiesta su progresivo afán de poder personal por encima de cualquier otro objetivo. Hilda Grassotti, en un importante estudio sobre el arzobispo de Toledo, lo define como un "gran señor feudal"⁷⁷. Ya al comienzo de su pontificado, don Rodrigo consideraba parte de los castillos en propiedad de la iglesia toledana como "castrum meum" y con los años fue incrementando su patrimonio particular⁷⁸. Donaciones reales y compras por él realizadas le proporcionaron la potestad señorial sobre un gran número de fortalezas, villas, poblaciones y aldeas de Castilla. No extraña entonces que su participación

75. *Ibidem*, f. 192-192v.

76. *Ibidem*, f. 206.

77. H. GRASSOTTI, "Don Rodrigo Ximénez de Rada, gran señor y hombre de negocios en la Castilla del siglo XIII", *Cuadernos de Historia de España*, LV-LVI (1972), pp. 1-302.

78. Los castillos que poseía la Iglesia toledana, al comenzar su pontificado, eran los de Alcalá, Brihuega, Canales, Alhamín y Benquerencia. *Ibidem*, pp. 5-7.

en la Reconquista fuese especialmente activa, tanto en la intervención directa en las campañas, como en el reparto de beneficios⁷⁹. Así, en 1213, bajo el reinado de Alfonso VIII, el arzobispo repobló y defendió del ataque árabe el castillo de Miraglo "et el rey don Alfonso quando lo oyo et supo lo que avia fecho alavagelo mucho et comendogelo a Dios et sobre esto diole ally XX aldeas por suyas en el termino de Miraglo"⁸⁰. Igualmente, fue él mismo quien reinició oficialmente la acción militar contra los almohades en el año 1230, con el objetivo de conquistar la ciudad de Quesada que le había sido prometida por Fernando III y todavía estaba en posesión musulmana⁸¹.

La acción conquistadora de Fernando III, a pesar de la incertidumbre inicial, fue posteriormente continua y eficaz, siempre de acuerdo con los intereses y las directivas de la Iglesia. En 1236, por ejemplo, tras cinco meses de asedio, Córdoba se rindió a las tropas cristianas que, en una operación de limpieza étnica, exigieron la entrega de la ciudad y el abandono de todos los árabes de la misma⁸².

Con la toma de Córdoba, probablemente la empresa más importante y decisiva de la campaña de Andalucía, finaliza nuestra fuente. El relato de la toma de posesión de la ciudad dibuja un perfecto cuadro de los rasgos más típicos de esta última fase de la Reconquista: la llegada del rey y la manifestación de su devoción cristiana, la entrega de la mezquita a la Iglesia, la presencia de un imponente número de obispos que probablemente seguían la conquista, la intransigencia hacia el culto musulmán y, finalmente, la donación por el monarca de rentas y posesiones al clero cordobés:

"El rey don Fernando apoderado de la ciudat de Cordova et de la meçquita que el feço esa ora egleſia. Entonçes el onrrado don Juan obispo de Osma, chanceler del palacio del rey con don Gonçalo obispo de Cuenca, et don Domingo obispo de Baeça, et don Adam obispo de Palencia et don Sancho obispo de Coria entraron esa ora en la meçquita de Cordova. [...] Este obispo don Juan con los otros obispos dichos echada fuera la suçiedat de mahomad çcaron aderedor toda aquella meçquita esparçiendo agua benedita por ella commo devia et otras cosas

79. La actividad militar de los obispos durante la época medieval era común. Si el mismo Santiago -según una difundida leyenda- intervenía directamente en las batallas, era natural que también el clero lo hiciera. La intervención de representantes de la Iglesia en la contienda tendrá incluso un reconocimiento jurídico en las *Partidas de Alfonso El Sabio* (I, VI, 52). L. DE STEFANO, *La sociedad*, cit., pp. 65-67.

80. *Crónica*, ff. 194v-195.

81. Los cronistas alfonsíes al relatarnos este hecho no dejan de subrayar todas las posesiones que el prelado había acumulado hasta aquel momento:

"Entonces dio el rey don Fernando Quexada por heredad a don Rodrigo arçobispo de Toledo, et esta villa de Quexada [...] aun pero tenianla los moros, mas el dicho arçobispo don Rodrigo pasados tres meses despues [...] saco su hueste et fue sobre ella con muchedumbre de omes de armas et echo ende los moros que adovavan los derribamientos de la villa et del castillo et tomolo el et adovola a onrra del rey don Fernando [...] et guardo el arçobispo en quanto visqio el castillo de Quesada con los otros castillos alla en la su tierra, conviene a saber los castillos, Pilos, Toya, Lacra, Agraysmo, la Fuente de Jullium, Torres de Laquel, Figuera, Alaulula, El Eruela, Dos Ermanos, Villa Montin, Nibyla, Castoyea, Cuenca, Ochellys". *Ibidem*, f. 210v.

82. *Ibidem*, f. 211v.

ennadiendo y que el derecho de santa iglesia manda, restolala desta guisa et restolarla es tanto commo cobrarla a servicio de Dios [...] et despues de aquello el rey don Fernando dioles algunas rentas a los de la iglesia de Cordova, Lucena por su camara⁸³.

En conclusión, el análisis de la *Crónica de los Reyes de Castilla* permite, a través de las narraciones de los historiadores alfonsíes que la redactaron, destacar dos fases y dos mentalidades diferentes que caracterizaron la Reconquista. La primera, desde el reinado de Fernando I al de Alfonso VI, en la cual la conquista de Al-Ándalus no fue un objetivo prioritario de los reyes cristianos, que no sólo combatieron a los árabes, sino que tuvieron también frecuentes enfrentamientos entre ellos. En esta fase, el impulso religioso estuvo prácticamente ausente en la lucha contra el Islam, y las relaciones con los musulmanes fueron frecuentes y caracterizadas por un sentido de tolerancia. La segunda fase, desde el reinado de Alfonso VI al de Fernando III, se distinguió, sin embargo, por un deliberado proyecto de expansión contra Al-Ándalus. Dicho proyecto fue promovido de forma decisiva por la Iglesia, cuyo peso en la Península se había hecho relevante. Para poder someter a los reinos hispano-musulmanes, el Papado utilizó una agresiva propaganda antiárabe que desembocó en una guerra santa contra el Infiel, guerra que llevaba consigo fuertes elementos de discriminación e intransigencia.

83. *Ibidem*, f. 212-212v.